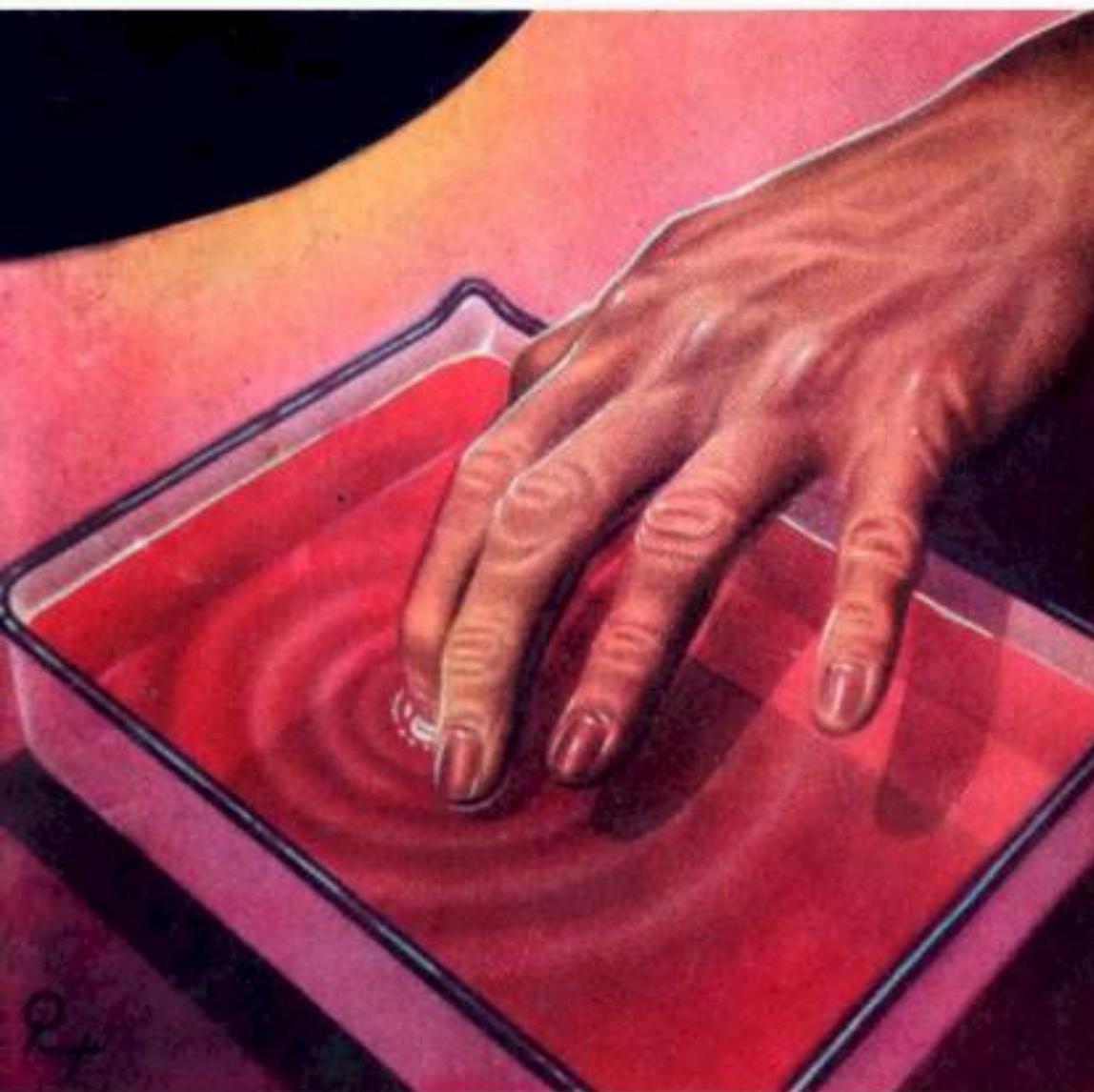


LA PLACA REVELADORA

29

G. HARMON COXE



COLECCION

Rastros

Obra protagonizada por Kent Murdock, un fotógrafo de noticias y su esposa Joyce. Al regresar a casa para llevar a su esposa a almorzar, se encuentra a Nora Pendleton, que siente curiosidad por saber qué es lo que cuenta como homicidio justificable, ya que ella dice que acaba de cometer uno. Su víctima es Jerry Carter, un columnista, que la estaba chantajeando por algunas cartas, que de ser publicadas podrían causar un escándalo tal que la familia de su prometido no permitiría que se celebrase su matrimonio. Ella dijo que solo llevó el arma de su padre a la oficina para obligar a Carter a entregar las cartas, pero por miedo le disparó dos veces, dejando el arma en la escena. Por supuesto, como amigo, Kent decide ir a la escena del crimen y tomar una foto fuera del edificio por el camino. Poco sabe él cuánta gente deseará tener en sus manos esta imagen y este aspecto del caso ocupa un lugar central durante la mitad de la historia. El asesinato de Carter está lejos de ser simple y varias otras complicaciones y asesinatos mantienen a Kent muy ocupado durante un par de días, y el caso tomará un elemento particularmente personal para él.

LA PLACA REVELADORA

George Harmon Coxe

I

Un abrigo desconocido descansaba sobre uno de los brazos del sofá. Parecía como si lo hubieran arrojado allí apresuradamente; a su lado, con uno de los extremos en el suelo, había una bufanda a lunares blancos y azules. El abrigo era de color gris y de corte tan severo que Kent Murdock creyó que se trataba de un abrigo masculino hasta que, al entrar al *living-room*, vio un sombrero de mujer al lado. Ligeramente curioso, pero despreocupado, se detuvo al lado del sofá durante un momento, luego recorrió con la vista toda la habitación y gritó:

—¡Joyce!

Al no recibir respuesta, arrojó su sombrero sobre una silla, desabrochó su abrigo y se dirigió hacia la puerta que daba al *hall* interior. A mitad de camino se detuvo, pues en esa puerta había aparecido silenciosamente una joven.

Murdock la reconoció enseguida y la saludó con un:

—¡Hola, hola!

La joven se apoyó contra el marco de la puerta. Era algo pequeña y morena. Su rostro estaba muy pálido y en sus ojos se notaban las huellas de lágrimas. No movió un solo músculo mientras él se aproximaba, sino que permaneció en pie esperándolo.

—Hola —dijo con voz monótona.

—Vine a ver si podía llevar a Joyce a almorzar —dijo Murdock—. ¿Has estado aquí desde hace mucho?

La joven levantó una mano y se aferró a una de las solapas de Murdock; luego, haciendo un esfuerzo para sonreír,

sin lograrlo, dijo:

—¿Qué es lo que constituye un homicidio justificado?

—¿Estás planeando uno?

—Acabo de cometerlo.

El tono de Murdock era de broma, aunque en ojos se reflejaba la seriedad.

—Quienquiera que fuese, lo merecía.

La joven le tomó de la otra solapa.

—Por favor, Kent; lo digo en serio.

Vagamente alarmado, y tratando de dominar la inquietud que le embargaba, Murdock dijo.

—¡Nora!

Tomó a la joven por los brazos y la sacudió suavemente.

De pronto ella se aferró a sus solapas y se acercó un poco más.

—¿Qué me harán? —susurró.

—¿Quién? —preguntó Murdock en voz baja—. ¿Respecto a qué?

—Respecto a Jerry.

—¿Cuál Jerry?

—Jerry Carter.

Por primera vez Murdock comprendió plenamente el temor que se reflejaba en lo profundo de los ojos de Nora. Se sintió consternado; algo en su interior le hacía ponerse rígido.

—Lo maté de un tiro.

—¿Qué cosa? —preguntó Murdock, mientras se reflejaba la incredulidad en sus ojos—. ¿Cuándo?

—Hace un momento.

La sorpresa enmudeció a Murdock. Permaneció completamente inmóvil, y, mientras la miraba fijamente, vio que la joven daba rienda suelta a su emoción contenida. La palidez le inundó por completo el rostro y estaba a punto de ser víctima de la histeria.

Inclinó la cabeza, comenzó a temblar, luego le recorrieron el cuerpo los estremecimientos y empezó a sollozar

convulsivamente.

—¿Qué ocurrirá ahora? ¿A mí... y a Roger?

Murdock trató de pensar con calma mientras reaccionaba ante dos pensamientos que luchaban en su interior. El primero decía: *Es absurdo. No pudo haberlo hecho.* Mientras que el segundo replicaba: *Ella pudo haberlo hecho.* Fue su segunda idea la que tomó arraigo en su mente. Se asombró al ver que la creía. Se basaba su aceptación en su conocimiento del carácter de la joven.

Mirando la cabeza de Nora, apoyada sobre su pecho, recordó su rostro sin verlo. Una cara vivaz, de nariz pequeña y una mandíbula que sugería fuerza de voluntad, como si tuviera ella una firmeza de carácter propia y un temperamento que no siempre era plácido. La joven era una criatura de cambiantes estados de ánimo y de impulsos distintos. Ante una provocación era capaz de muchas cosas. De firme corazón, alegre, adorable. Murdock consideró todo esto en un segundo; luego desechó sus pensamientos y habló ásperamente, en un esfuerzo por disipar el pánico que dominaba a la joven.

—Nora —dijo, sacudiéndola, y cuando ella se aferró fieramente a él, le dijo—: Escucha. Tienes que...

—¡Bien, bien! —se oyó una voz fría y cortante.

Murdock se puso rígido. No había oído abrirse la puerta, pero al volver la cabeza vio a su esposa que lo observaba desde el medio de la habitación. Joyce Murdock se adelantó con la cabeza en alto y los ojos llameantes. Cuando ella pasó a su lado y entró en el *hall* interior sin decir palabra, Murdock se desprendió de Nora y la llevó a un diván, obligándola a tomar asiento.

—Quédate aquí —le ordenó—. Te voy a traer algo de beber. Cuando puedas, cuéntale todo a Joyce.

Joyce Murdock le estaba esperando en el dormitorio. Una de las camas se hallaba ligeramente desarreglada y se notaba en ella la depresión formada por un cuerpo. Joyce,

con una horquilla en la mano, miró a Murdock con ojos fríos e intrigados.

Por un momento se encontraron sus ojos; luego Murdock dijo:

—No seas tonta. La chica está en un apuro.

Eso rompió la tensión. Los Murdock no hacía mucho que estaban casados, pero en su vida en común habían logrado una comprensión mutua que no logran otros matrimonios en muchos años de vida. Las palabras de Murdock produjeron una reacción que las explicaciones y disculpas no hubieran conseguido.

Un ligero sonrojo se mostró en las mejillas de Joyce; su mirada se suavizó. Se quitó el abrigo y cruzó la habitación.

—Háblale —le dijo Murdock, tomando a su esposa por el brazo—. Dice que acaba de matar a Jerry Carter, el editorialista. No sé si debo escuchar su relato o no. Tú podrás decírmelo, después que le dé algo de beber.

En la cocina, Murdock sirvió una copa con coñac y le echó un poco de soda. Se lo llevó a la joven que descansaba en el sofá y le ordenó que lo bebiera, y esperó hasta que la joven obedeciese, antes de salir de la habitación...

Kent Murdock permaneció frente a la ventana de la cocina observando, sin ver, el patio exterior. No se había quitado el abrigo, y el vaso de coñac y soda que tenía en la mano estaba casi vacío.

De estatura mayor que la normal, aunque no demasiado elevada, era un individuo competente, dotado de un cuerpo musculoso y delgado y de pecho y hombros amplios. Su cabello era negro y lacio; su rostro delgado y largo con una boca amplia y recta sobre una mandíbula sólida. Su actitud alerta sugería una excelente coordinación de cerebro y músculos. Sus ojos oscuros sonreían fácilmente en ciertas oportunidades, pero su ocupación de fotógrafo de un diario los dejaba a veces fríos y escépticos. Ahora su mirada mostraba una expresión de inquietud y cavilación. Su rostro estaba tan grave como sus pensamientos. No hizo esfuer-

zos para clasificar esos pensamientos. Los aceptaba como venían, y luego los desechaba.

Desde que estaba casado, Nora Pendleton había venido frecuentemente a su departamento. Su amistad con él comenzó tres años antes, cuando, durante corto tiempo, la joven trabajó en el *Courier-Herald*; la amistad de la joven con Joyce databa de la época en que, siendo niñas, sus padres eran vecinos en Cape Cod.

El padre de Nora, Dana Pendleton, era el constructor más importante de la ciudad. Muy bien vinculado, era prominente tanto política como socialmente. Jerry Carter era un editorialista de esos que se ocupan en escribir sobre chismes de la ciudad; astuto, de horribles modales, y hasta el presente afortunado en no pagar las consecuencias de lo que escribía para la publicación.

Murdock se dio cuenta de que alguien más se vería complicado en el asunto, si es que lo que Nora le dijo era verdad: Roger Spalding, su prometido. El nombre de Spalding era un ejemplo de la más rancia aristocracia de Nueva Inglaterra.

Murdock sorbió el resto del coñac y la mueca de su rostro no tenía nada que ver con la amargura de la bebida.

—¡Qué lío! —exclamó, y observó la botella en preparación para servirse otra copa.

Joyce entró entonces en la cocina.

—Debes ayudarla —ordenó.

—Quizá cuanto menos me enteren del asunto, mejor sea —replicó él.

—Pero...

—Ya sabes cuál es mi ocupación. No soy detective ni policía. Y lo que no lo sé no lo puedo decir. Si comienzo a meterme en este asunto, probablemente lo haré peor de lo que es ahora.

—Pero alguien tiene que ayudarla.

Murdock se restregó la barbilla.

—¿Por qué? Quizá pueda librarse de las consecuencias. Yo no me horrorizo ante un asesinato. Carter ha tenido suerte de que no lo mataran antes. Para mí está perfectamente bien.

Joyce Murdock adelantó su barbilla y en sus ojos se reflejó la determinación. Antes de que ella pudiera hablar, Murdock se inclinó impulsivamente y le dio un beso.

—Está bien —le dijo, y se dirigió hacia el *living-room*.

Nora Pendleton estaba más calmada ahora y en sus ojos se reflejaba una expresión de fatiga en cambio de la de horror que tuvieron antes. Era como si se hubiera resignado a aceptar el castigo por lo que había hecho. Murdock acercó una silla al diván, tomó asiento y le dijo con voz serena:

—Dime todo... si es que quieres hacerlo. —Cuando ella no le respondió de inmediato, agregó—: Dudo que pueda hacer mucho por ti, pero conozco algo de los procedimientos policiales; por lo menos podré decirte lo que pienso del asunto. ¿Te estaba extorsionando?

Nora Pendleton asintió.

—¿Por qué? —Kent esperó un momento, luego agregó en tono más áspero, como si quisiera demostrarle que no había nada personal en la pregunta—. No me interesan los detalles. ¿Pero de qué se trataba? ¿Cartas?

—Sí —respondió Nora—. Sucedió cuando yo trabajaba para el *Courier*, después de dejar la escuela. Papá me consiguió el trabajo. Yo creí que quería ocuparme en algo. Fue entonces cuando conocí a Jerry. No puedo explicar las cosas para que parezcan correctas ahora, pero creo que debo haberme sentido atraída hacia él por sus halagos.

La joven vaciló. Luego, porque Joyce era su mejor amiga y porque ella misma era una realista y sabía que no ganaría nada con reticencias, prosiguió, sin mirarle:

—En cierta oportunidad pasé un fin de semana con él. Eso fue el fin. Antes de eso le había escrito algunas cartas. Eso es lo que yo quería, y por eso me llamó en todo mo-

mento. Me imagino que lo hacía porque yo estaba por casarme.

—¿No podías pagarle? —preguntó Murdock—. Quizá no sea bueno para la dignidad de uno, pero a veces es mejor hacerlo.

—Esta vez no podía pagarle —dijo Nora—. No quería dinero. Quería que pasara con él otro fin de semana.

Murdock hizo una mueca y tomó un cigarrillo.

—Dime qué hiciste entonces.

—Fui a su oficina con un revólver. Creí que podría asustarle. —Su voz se quebró, y respiró profundamente antes de proseguir—: ¡Oh, ya sé que parece una locura! Estaba loca, me imagino.

—No importa eso —dijo Murdock gentilmente—. ¿Qué hiciste? ¿Cómo fue que ocurrió?

—Él no me quiso dar las cartas. Me las mostró. Se acercó a mí, sonriendo, y... ¡Oh! ¿Qué importa ahora? Le apunté con el arma. Como no se detuvo, le pegué un tiro.

—¿Uno?

—Dos. Cayó al suelo.

—¿Cómo sabes que está muerto?

—Debe haberlo estado.

—¿Le tocaste?

—No.

—Luego, ¿qué ocurrió?

Nora Pendleton levantó la mano.

—Salí corriendo. No me atreví a ir a casa por miedo de tener que hablar con papá —vaciló un momento y su voz tomó un tono de amargura—. El arma era de papá. La saqué de su habitación. Pensé en Joyce y... bien, vine aquí y el portero me dejó entrar porque me conoce.

Murdock echó atrás la silla y se puso en pie. Se dirigió hacia una ventana, miró hacia la calle, se volvió hacia la joven. Joyce le observaba.

—No sé en qué forma puedo ayudarte —dijo él al fin, volviéndose hacia Nora—. Existe una posibilidad de que

puedas librarte de las consecuencias. Mucha gente comete asesinatos por los que luego no son arrestadas..., muchas más de las que el público sabe. Existe la posibilidad de que él no haya muerto. Si está vivo, lo mejor que puedes, hacer es quedarte tranquila. Tengo amigos en la jefatura de policía y puedo averiguar qué es lo que ellos piensan. Quizá pueda permanecer con ellos mientras investigan el caso. De ese modo podré avisarte de cómo van las cosas. Mientras tanto, no hagas nada.

Apagó su cigarrillo en un cenicero cercano; luego miró a Nora Pendleton atentamente cuando se le ocurrió un nuevo pensamiento.

—Tienes el arma, ¿no es verdad?

—No —respondió sencillamente la joven—. La dejé caer allí.

Murdock abrió la boca. Para ocultar la depresión que le invadió en ese momento, jugueteó con la colilla del cigarrillo. Medio minuto pasó. Murdock levantó la vista de nuevo, sonreía en forma aparente. Sus ojos mostraban una expresión resignada y se aproximó a la percha para tomar su sombrero. Su voz, cuando finalmente habló, era sardónica aunque firme.

—En ese caso será mejor que vaya a echar una ojeada.

—¿No te pondrás en dificultades? —preguntó Nora Pendleton.

—Probablemente no. —Se movió hacia la entrada—. Pero eso cambia algo las cosas. Los policías no son tan tontos como piensan algunas personas. Si encuentran el revólver, averiguarán fácilmente a quién pertenece. Si llego primero, probablemente no habrá dificultades. Si llego tarde, nada podré hacer. Pero puedo averiguar qué posibilidades tienes de salvarte... Creo que será mejor que te vayas a tu casa y esperes. Vamos. Te pondré en un taxi, y te llamaré tan pronto como tenga algo que comunicarte.

Nora vaciló, incierta, pero cuando Joyce tomó el abrigo de la joven, ella se puso en pie y se caló el sombrero.

En la puerta, Joyce abrazó a su amiga.

—Ya habrá forma de salvarte —le dijo—. Sé que estás en un aprieto terrible, pero... no pierdas la cabeza.

—Una cosa me gustaría pedirte —dijo Murdock, cuando él y Nora llegaron a la calle y se acercaba ya el taxi—. Si las cosas no salen muy bien, quiero que hagas lo que te ordene. Quizá se nos ocurra alguna solución, aunque el asunto parece muy dificultoso por el momento.

Observó al taxi cuando este se alejó; luego ascendió a su coche, abrió el portaequipaje interno y sacó su cámara y su caja de placas. Descendió luego, caminó hasta la esquina y llamó a otro taxi para él.

CAPÍTULO II

La calle Newhall, que hasta veinte años antes fuera un distrito residencial, se había convertido ahora en una calle ocupada por casas comerciales. Hasta las cuatro o cinco mansiones arcaicas que todavía se hallaban en pie habían sido convertidas en casas de departamentos.

Cuando Murdock vio que no había ningún policía en la esquina, cruzó la acera en dirección a un moderno edificio de tres pisos. Deseoso de no continuar su camino hasta asegurarse de que nadie le observaba, se detuvo a pocos pasos de la entrada. Consultó su reloj, vio que eran las dos de la tarde; luego, a fin de tomar tiempo para observar los alrededores y considerar su problema, encendió un cigarrillo.

Brevemente, puso en orden sus ideas y analizó la situación. En realidad su obligación sería ir a la oficina de Carter y recobrar el arma; pero el asunto no era muy sencillo.

Murdock, como fotógrafo de diarios, era el mejor de la ciudad. Gran parte de su éxito se debía a sus buenas relaciones con la policía, y estaba basado en el conocimiento que tenían las autoridades en cuanto a su discreción, y al hecho de que se contentaba con tomar fotografías y dejaba el trabajo policial para los miembros de las fuerzas policiales. Lo que estaba por hacer, parecido a una traición para con los detectives, le provocó cierta inquietud e irritación. Cuanto más pensaba en ellos más se irritaba, porque en este caso no había alternativa posible; debía traicionar a la

policía o traicionar a Nora Pendleton y ya se había comprometido.

Dejó caer su cigarrillo, frunció el ceño disgustado, y recogió su cámara. Luego, al examinar la calle, vio un extraño espectáculo que despertó de inmediato en él al fotógrafo innato.

A unos quince metros de distancia, acercándose hacia él, seguido por un grupo de chiquillos, venía un gigantesco hombre-sándwich. Era, por lo menos, de una estatura de tres metros, lo que se debía a los zancos ocultos bajo unos pantalones extra largos. Los carteles que llevaba sobre el pecho y espalda decían: *Coma en lo de Jack*.

Siguiendo su costumbre inveterada, y casi sin pensarlo, Murdock ajustó el objetivo de su máquina y levantó la cámara a la altura del ojo.

Al oprimir el disparador notó varias cosas que hasta ese momento se habían escapado a su atención. De todas ellas, varias dejaron impresiones muy definidas en su cerebro.

Un hombre alto y gallardo, del brazo con una mujer bonita, aunque vestida algo chillonamente, acababa de salir del edificio en el que él quería entrar. El hombre era Lew Novak, la mujer era Hazel Jaffe. Diagonalmente al otro lado de la angosta calle, en la puerta de uno de los edificios de departamentos y vigilando atentamente a la pareja, se hallaba Roy Jaffe. En un edificio adyacente, otro hombre, en quien Murdock reconoció a Gordon Thorndike, bajaba los escalones de entrada en compañía de una joven.

Murdock vio todo esto con una rápida mirada que catalogó la impresión, pero lo que le llamó la atención finalmente, cuando bajaba su cámara, fue ver a Nora Pendleton que estaba en pie al lado de un taxi cerca del hombre-sándwich.

Al ver a la joven, se despertó la alarma en Murdock. Tomó su cámara y su caja de placas, e ignorando la mueca de Lew Novak y la forma en que vacilaba y parecía querer ha-

blarle, continuó su camino frente al hombre-sándwich y a su comitiva, haciendo una seña imperceptible a Nora Pendleton.

La joven ya estaba entrando otra vez en el taxi, cuando Murdock pasó por su lado.

—¿Para qué viniste? —le preguntó ásperamente.

—Me vi obligada a hacerlo. Quería ver si tú...

—Te dije que te fueras a tu casa —dijo Murdock, y continuó caminando sin detenerse—. Vete ahora. Y no vuelvas.

Prosiguió andando hasta detenerse frente a una vidriera en la que se mostraban varios vestidos femeninos y pieles. No quería que notara su presencia nadie que pudiera recordar que él había hablado con Nora Pendleton, no quería tampoco que nadie recordara haber visto a la joven. Fue por esa razón que le habló sin detenerse a su lado, y que mantuvo los ojos fijos en la vidriera hasta que oyó al taxi alejarse.

Al volverse, dos hombres se le acercaron desde direcciones opuestas. Uno de ellos era un individuo bien vestido, con un rostro en forma triangular, anteojos de armadura de acero, y de incipiente bigotillo. El otro un hombre delgado, de aspecto tímido y de unos cincuenta años de edad. Murdock notó todo esto de una mirada; luego se dio cuenta por la expresión de los dos hombres que ambos tenían la intención de hablarle. Sin notar la proximidad del otro, ambos se dieron de bruces frente a Murdock.

El hombre de bigote, el más agresivo de los dos, guardó enojoso silencio. El individuo de aspecto tímido tartamudeó:

—Yo... perdón.

Dándole la espalda, el del bigote dijo a Murdock, quien se había vuelto para retirarse:

—Permítame un momento...

Al oírle, el hombrecillo se retiró unos pasos y se detuvo frente a la vidriera.